

Diario de un viaje imposible

Lucía Laragione

Ana María Shua



loqueleg



www.loqueleo.santillana.com

© 2010, LUCÍA LARAGIONE Y ANA MARÍA SHUA

© 2010, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4615-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: CARLUS RODRÍGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Laragione, Lucía Serafina

Diario de un viaje imposible / Lucía Serafina Laragione ; Ana María Shua ; ilustrado por Carlus Rodríguez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

240 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4615-0

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Rodríguez, Carlus, ilus. II. Shua, Ana María III. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 5.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Diario de un viaje imposible

Lucía Laragione

Ana María Shua

Ilustraciones de Carlus Rodríguez

loqueleg

ÚLTIMO DÍA EN EL SIGLO XXI

Nunca pensé que alguna vez iba a estar tan contento de ser petiso. Nunca pensé que me iba a pasar horas estudiando historia porque sí, ¡sin tener prueba!

Pero no, tengo que empezar por el principio, porque así no se va a entender nada y esto es demasiado importante. Hay que dejar un registro, dice mi tío Francis, de todo lo que estamos haciendo. Él escribe, porque para eso es un científico. Yo lo estoy grabando en mi celular.

Mamá dice que tío Francis no es ningún científico y que es un vago irresponsable. Me parece que, hablando de historia, voy a tener que empezar por la de mi familia. Mejor empiezo otra vez. Ahí va.

Me llamo Emanuel Rizzo, soy petiso. No sé si queda bien que rime, mejor empiezo otra vez.

Me llamo Emanuel Rizzo, mi papá dice que soy un atropellado. Tengo doce años. A mi abuela se le ocurrió tener otro hijo cuando ya era bastante vieja, yo creo que a mi mamá no le gustó del todo, porque se la pasa criticando a su hermano menor, pero para mí tener un tío de veinte años es genial.

Soy muy petiso. No tengo que explicar qué clase de desgracia es esa, porque ya todos lo saben. En la escuela me dicen Elena, por “El-enano”, y los grandotes me preguntan qué tal anda todo por ahí abajo y cosas así. Pero no se meten mucho conmigo porque tengo una especialidad, que es dar patadas de punta en las canillas del enemigo.

Otra vez me fui de tema. Vuelvo. Resulta que mi tío Francis estudia física y es un re-bocho. Le interesa tanto que nunca le dio bolilla a todo lo demás, entonces la familia no lo comprende y lo trata de vago, porque siempre le iba mal en las materias como historia, lengua, y cosas así. Las familias de uno son muy exigentes, a nadie le va bien en todo. Bueno, sí, a Zanelli le va bien en todo, pero no cuenta porque es un nerdongo.

Mejor la hago corta y lo digo con todas las letras: mi tío Francisco inventó una máquina del tiempo. Ya está. Ahora tengo que conseguir que

alguien me crea. Bueno, todavía no, porque dice Francis que tenemos que mantenerla en secreto hasta tener verdaderas evidencias.

Para mí que pruebas ya hay, porque a Francis se le daba por inventar desde chiquito. Inventó un abrelatas buenísimo, que casi andaba, un programa para espiar la computadora del vecino (los chicos del cole me dicen que ya estaba inventado, pero yo no lo creo), un minimotor a pila para hacer andar mi autito preferido y muchas otras cosas útiles.

Francis trató de explicarme cómo funciona la máquina del tiempo, pero cuando empezó con la termodinámica de las partículas cuánticas yo me quedé dormido. Bueno, me había pasado la tarde jugando al fútbol y no daba más. Igual ya quedamos en que él registra los datos científicos y yo registro la experiencia. Por ejemplo, esto que estoy haciendo ahora es registrar la experiencia.

Aquí viene la parte en que me pongo contento de ser petiso. Resulta que la máquina del tiempo tiene el tamaño de un cajón de frutas (en realidad, *es* un cajón de frutas forrado de plástico grueso). Dice Francis que por el momento sólo tiene energía para transportar un máximo de cuarenta y cuatro kilos, que es justo un kilo más de lo que peso yo.

No me da miedo porque ya mandó, primero, cosas y, después, una cotorrita y un hámster, y volvieron. Bueno, un poco de miedo sí que me da. Lo digo porque parece que cuando uno registra tiene que registrar todo lo más verdad que se pueda. La cotorrita y el hámster vinieron perfectos y con un papel de una persona de allá, porque... No, así no se entiende. Registrar es bastante difícil, siempre empiezo todo al revés.

Resulta que Francis está en contacto con un señor de allá. Allá es nada menos que el año 1810, que fue lo primero que se le ocurrió en cuanto armó la máquina. El señor es un tipo bastante viejo, tiene como cincuenta años, se llama Blas de Ulloa y tiene una nieta de mi edad que vive con él porque su hijo Diego murió en un accidente, un naufragio o algo así. ¡Seguro que el nombre Diego no se lo pusieron por Maradona! ¿Sería por El Zorro, Diego de la Vega? ¿El Zorro era de esa época? ¿El Zorro existió de verdad o es inventado? Lo voy a googlear.

¿Ahora se entiende por qué estoy estudiando historia? ¡Voy a ir a mil ochocientos diez! ¡Y nada menos que justo justito al mes de mayo! Bah, llego un poco antes, a fines de abril, así me voy adaptando a los cambios antes de que empiece

lo más interesante: yo mismo no lo puedo creer, voy a estar en la Revolución de Mayo.

Cosas que voy a llevar:

- 1) la ropa que tengo puesta
- 2) la mochila
- 3) una linterna a pila
- 4) un cuaderno y varias biromes para anotar
- 5) el súper celu tuneado
- 6) cuatro baterías y una memoria extra.

Francis dice que no tengo que mostrarle a nadie nada de computación, porque no van a entender un pepino y se van a volver locos. Pero quedamos en que el celular sí lo voy a llevar, aunque bien escondido, porque mi tío encontró la manera de hacer pasar los mensajes de texto por el agujero del tiempo. El celu, y cuatro baterías, considerando que allí no voy a poder cargar. Nos gastamos los ahorros de toda la vida en el mejor celular que existe, con grabador-reproductor y memoria y cámara de fotos. Bah, casi el mejor, porque para el mejor-mejor, con batería de recarga solar no nos alcanzó la plata... ¡Traer fotos de la época va a ser importantísimo! ¡Por fin nos vamos a enterar de si tenían o no tenían paraguas

cuando estaban en la plaza el 25 de mayo! Desde que sé que voy a viajar, me la paso mirando el famoso cuadro que tienen colgado en la escuela, en la sala de música. Ya averigué que no se pintó en 1810, pero igual es lo bastante viejo como para que me impresione: los sombreros, la ropa, las caras de la gente...

Además, necesito el súper celu por muchas razones. Eso de escribir en un cuaderno no me sale nada bien, Carolina (la seño) dice que tengo una ortografía desastrosa. Así que mejor grabo. Por lo menos una parte. Mientras tenga bastante batería.

Y la música, claro. Tengo que llevar bastante. Se supone que voy a volver al siglo XXI a los diez minutos de haberme ido, pero, mientras tanto, voy a estar meses enteros ahí. Me vuelvo loco de pensar lo que puede ser todo ese tiempo sin música, a menos que consiga alguien que toque un instrumento. Ni hablar de la música plomo que pueden llegar a tocar. Para no ponerlos nerviosos a los próceres (¡ojalá me encuentre con alguno!) y a la otra gente de esa época, voy a cargar solamente música bastante clásica, como los Beatles y los Stones.



Del diario de Margarita

21 DE ABRIL DE 1810

—¡Niña Margarita! ¡Que ya son las siete! ¿No se va a levantar?

Remigia siempre me llama así. ¡Y no solo me llama! Me saca de las cobijas y me pone de pie, aunque a veces estoy tan dormida que me tambaleo y casi caigo de vuelta sobre la cama. Pero Remigia no afloja. A las siete y media, con la cara lavada y las trenzas hechas, ya estoy tomando el mate de leche, casi lista para ir a misa, llueva o truene.

Claro que no le puedo decir a Remigia que si me duermo, es porque me quedé leyendo hasta tarde a la luz de las velas que le robo de la despensa. ¡Buena se armaría si lo supiera!

Parece que ya la estoy oyendo hablar.

—¡Habrase visto! ¿Pero qué quiere? ¿Que se le sequen los sesos? ¿Que se le arrugue la cara? ¡Si ya ha cumplido los doce años! A su edad tendría que estar pensando en preparar el ajuar para casarse...

—Pero si ni siquiera tengo novio, —le digo siempre.

—Ni lo va a tener, si sigue con vicios y pretensiones de hombres. La culpa es de su abuelo —refunfuña en voz baja—. ¡Ay, si su pobre *mama* viviera, nunca hubiera consentido que la educara de esa forma! ¡Y pensar que yo le prometí cuidarla con mi vida cuando sus padres salieron para ese maldito viaje! ¿Pero qué puede hacer una pobre negra contra ese viejo loco?

Remigia es negra, eso sí. Y gorda. Con la cara brillante como el bronce bien lustrado, mullida como una almohada de plumas de ganso, hospitalaria como un brasero en pleno invierno, siempre lista para abrigar y consolar, aunque me haga levantar todos los días a las siete para ir a misa. Pero no tan “pobre negra” como ella dice. Manda en toda la casa: en las salas y los cuartos y los aposentos, en los tres patios, al cochero, a las lavanderas y fregonas, a los peones de huerta y de limpieza, a la cocinera, a la negrita cebadora de mate, a los huéspedes y familiares que ocupan los cuartos por temporadas y casi a mi abuelo. Don Blas de Ulloa come sin chistar todo lo que ella ordena y hasta se pone la ropa que le elige, aunque tiene un asistente para esos menesteres. Pero hay

un solo lugar adonde no llega el poder de Remigia y donde ella tiene prohibida la entrada. Ese reino, propiedad exclusiva de don Blas de Ulloa, se llama la Biblioteca. Allí es donde mi abuelo me instruye (según dicen Remigia y las amigas de mamita) a la manera de los varones, y allí me refugio cuando quiero escapar de sus mandatos, tal como los ladrones se meten en las iglesias para que no los alcance la justicia que los persigue...

De ahí, de la Biblioteca, salió hace pocas noches el mocito al que Remigia mira con tanta sospecha. Yo misma escuché un ruido como de explosión de pólvora y vi la luz que se filtraba por las rendijas de la puerta de la Biblioteca. Remigia no, porque su cuarto está muy lejos del reino de don Blas. Menos mal que el abuelo había cerrado y luego sacado la llave. El agujero de la cerradura es tan grande que pude verlo perfectamente: en medio del cuarto, parpadeando como una lechuzca asustada, había un muchachito chico, de pelo rojo, que se sacudía el polvo de las piernas y de los brazos como si acabara de caerse de alguna parte. Cargaba a la espalda una especie de bolsa de color anaranjado, y estaba vestido de una manera muy rara. Un pantalón que casi le colgaba, de tela que parecía gruesa, ordinario como el de un esclavo,

remendado y roto. Y, en vez de camisa fina, una especie de camiseta con carteles escritos en un idioma que no era ni el latín ni el francés, y que más bien semejaba el de los ingleses.

Al día siguiente, el abuelo me lo presentó en la mesa del almuerzo.

—Niña mía, este es el joven Manuel de los Rizos, hijo de unos buenos amigos, que ha venido a quedarse por unos días a Buenos Aires, bajo mi tutela. Muchacho, aquí tienes a mi nieta Margarita, de quien tanto te he hablado.

Remigia no le creyó una palabra.

Empezó a rezongar sola, según es su costumbre, mientras trajinaba ordenando la ropa blanca de mi cuarto.

—¿De dónde habrá sacado su abuelo ese renacuajo? ¡Doce años! Si no tiene estatura... ¿Y cómo llegó a esta casa? Nadie lo trajo y nadie lo ha visto entrar. Apareció una mañana como por arte de Belcebú. ¿No será un pordiosero que ha recogido de la calle para educarlo?

Claro que no le comenté nada a Remigia sobre lo que vi la otra noche en la Biblioteca. Habría creído que mi abuelo, además de loco, es un brujo que hace aparecer a la gente de la nada. Pero a mí no van a engañarme. Si pudiera encon-